

ROSE HILL: LIBRO 1

# **WILD LOVE**

**AMOR SALVAJE**

**ELSIE SILVER**

Traducido del inglés por Eva Pérez Muñoz

CONTRALUZ

The logo for Contraluz, featuring the word "CONTRALUZ" in a bold, sans-serif font. Below the text is a stylized graphic of an open book, with the pages represented by two curved lines.

# EL UNIVERSO DE ELSIE SILVER

COLUMBIA BRITÁNICA

Montañas  
Columbia

Cordillera  
de las Cascadas

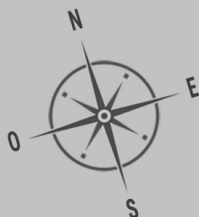
Isla  
de Vancouver

**Emerald  
Lake**

**Ruby  
Creek**

Victoria

Vancouver





# UNO

## Ford

—Muchacho. *Forbes* te nombró «el multimillonario más atractivo del mundo».

Weston Belmont, mi mejor amigo, lee el titular con un entusiasmo exagerado, solo para burlarse de mí, como si fuera un *stripper* a punto de salir al escenario.

No le hago caso y sigo sacando los productos de limpieza de la caja que tengo a mis pies.

—Ford —insiste, agitando la revista delante de mí—. Es una locura.

Alzo la vista hacia él y le lanzo la mirada más inexpresiva que soy capaz de poner. Está apoltronado en una silla de respaldo alto, con las botas encima de mi escritorio, de cuyas suelas caen restos de tierra seca, añadiendo más suciedad al desastre que tengo montado aquí.

—Sí, una locura total.

Me doy la vuelta con las manos en la cintura y contemplo el viejo granero que va a convertirse en mi nuevo estudio de grabación y en la sede de mi productora musical. Lo llamo «granero», aunque en realidad es una estructura polvorienta y vacía, más parecida a una nave abandonada. Los agujeros con restos de óxido rojizo en el suelo me hacen pensar que, en otro tiempo, debió de haber establos aquí. Ahora es simplemente un espacio abierto, enorme y desordenado, con una

pequeña zona de cocina junto a la entrada, separada de la zona principal por un pasillo largo y estrecho.

En cualquier caso, se llega caminando de la casa principal, en una parcela enorme e inclinada, justo en el límite de Rose Hill.

Y cuando abres las puertas del viejo granero, la vista es sencillamente espectacular.

El lago marca el límite inferior de la finca, y los pinos que la flanquean a ambos lados hacen que parezca un refugio privado. Las afueras del pequeño pueblo de montaña están a solo cinco minutos en coche. Más allá, solo hay kilómetros y kilómetros de montañas en plena naturaleza canadiense.

El lugar es precioso, pero la propiedad está hecha un desastre. Aun así, tiene un potencial inmenso. Lo veo clarísimo. Casas de invitados para los artistas, muebles antiguos, el wifi que va y viene, nada de *paparazzi*...

Rose Hill Records. Así bauticé mi nuevo proyecto, en honor al pueblo del que acabé enamorándome.

Produje un álbum que tuvo bastante éxito y desde entonces me quedé con el gusanito dándome guerra. Ansío repetir la experiencia. Por suerte para mí, hay un montón de artistas que quieren probar. Me entusiasma la idea de poder crear a diario. Escuchar música todos los días. Hacer que las canciones cobren vida.

Sobre todo aquí.

Rose Hill es el lugar perfecto para construir un hogar y levantar el negocio con el que siempre he soñado.

Un refugio propio en el que no necesito llevar traje ni rendir cuentas a accionistas que solo se preocupan por los beneficios. Y en el que tampoco tengo a los medios encima por haber sido nombrado «el multimillonario más atractivo del mundo», como si eso fuera el mayor logro al que uno pudiera aspirar.

—Aquí dice que te negaste a hacer declaraciones.

Si hubieran nombrado a West el multimillonario más atractivo del mundo, lo habría exprimido al máximo.

Yo, en cambio, preferí no hacer comentarios y me mudé a un pueblo pequeño para empezar una nueva aventura empresarial por mi cuenta. No soporto ser el centro de atención.

—Bueno —murmuro—, en realidad sí les dije algo antes de anunciar oficialmente que no iba a hacer ningún comentario.

West suelta un resoplido.

—Esto promete.

Se me contrae un músculo de la mejilla. Me conoce bien. Me conoce mejor que nadie.

—Les dije que apenas se me podía considerar multimillonario, y que eso solo significaba que era más atractivo que el resto de las dos mil quinientas personas de la lista. Que como solo querían escribir un artículo sobre el aspecto menos interesante de mi vida, no iba a hacer ninguna declaración, porque esa «hazaña» no lo merecía. Que el tipo guapo y con dinero les decía: «No, gracias, váyanse muy lejos».

—Qué raro que no quisieran publicar semejante perla, Ford. Es incomprensible.

Me encojo de hombros e ignoro la bromita. Me siento incómodo hablando de dinero. He tenido más que de sobra toda la vida, y últimamente he pasado mucho tiempo rodeado de gente que hace que mi infancia parezca modesta. Nunca me pareció que la riqueza fuera una cualidad admirable. De hecho, creo que es justo lo contrario. Cuando tienes dinero, la gente te trata de forma distinta. Y si encima te obsesionas con tu propia fortuna, puedes llegar a convertirte en un auténtico cretino.

¿Por qué querría alguien leer un artículo sobre lo rico que es un tipo cualquiera?

Además, no me gusta ser el centro de atención. Me pone de mal humor, saca mi vena más sarcástica y, según me han dicho, doy la impresión de ser mamón y poco dado a tratar con la gente. A mí me parece un poco exagerado. Yo más bien diría que soy directo, y que la gente se ofende con demasiada facilidad.

No tengo el encanto natural de West. Soy consciente de cómo me ve la gente, pero no es algo que me quite el sueño. Quien me conoce de verdad sabe cómo soy. Y los que no, pues allá ellos, no voy a perder ni un segundo de mi vida preocupándome por lo que opinen de mí personas que ni me van ni me vienen.

Me agacho, tomo el plumero y cruzo la estancia. Las suelas de mis botas retumban sobre el suelo de madera desgastado mientras me acerco a la vieja estufa de hierro fundido que hay en un rincón. El hueco está lleno de telarañas y restos de troncos a medio quemar. Me pregunto cuánto tiempo llevarán ahí, quién los puso, qué historia hay detrás. Si no resultarían tan molestos a la vista, los dejaría ahí. La verdad, me siento como un ciudadano fresa que vino aquí a invadirlo todo para dejarlo reluciente.

Podría pagarle a alguien para que hiciera todo este trabajo sucio por mí, pero me da más flojera tener que buscar a una persona de confianza que limpiar yo mismo. Además, construir algo con tus propias manos tiene su encanto. Sí, tengo dinero, pero no necesito gastarlo cuando yo mismo puedo encargarme. Cuando tengo la ambición y las ganas de hacerlo.

Trabajo duro. Así es como acabé siendo el dueño de uno de los bares más concurridos y con mejor música en directo de Calgary. Así fue como acabé fundando una app de música en *streaming* que disparó mi cuenta bancaria a niveles indecentes. Mi padre tenía mucho dinero, muchos contactos y

podría habérmelo dado todo hecho..., pero no lo hizo. Se empeñó en que mi hermana y yo aprendiéramos a valorar el dinero.

Pero ¿a qué atribuirán todos mis logros a partir de ahora? Dinero. Contactos. Suerte. Y yo no creo en la suerte.

—¿Qué clase de foto es esta? —pregunta West desde el otro lado de la estancia, alzando la revista—. Parece que te estás escondiendo detrás del cuello subido de la chaqueta.

—Es que me estaba escondiendo.

—¿Por qué?

Ay, West. Su ceño fruncido y la cabeza ladeada lo delatan. Está perplejo. Para alguien como él, no tiene ningún sentido que yo no disfrute siendo el centro de atención. West es un tipo imponente, divertido, todo un espectáculo andante... y me encanta. También tiene un corazón enorme y es más confiable que nadie. Es alguien auténtico en un mundo lleno de farsantes. Me encontró leyendo junto al lago cuando éramos unos niños y empezó a hablarme como si me conociera de toda la vida. Y desde entonces, no ha dejado de hacerlo. Por muy distintos que seamos, algo entre nosotros encajó.

Y así llevamos veinte años.

—Porque no quería que me tomaran fotos. No me gusta.

—¿Y eso? ¿Necesitas que te diga lo guapo que eres?

Resoplo.

—Estaba yendo a tomar un café con mi hermana, no posando para una sesión de fotos.

Se ríe.

—Ay, por favor, ¿tanto te costaba sonreír?

—Sí. —Me quedo mirando la estufa, con el plumero en la mano, preguntándome cómo diablos voy a hacer todo lo que tengo pendiente.

—Para limpiar esa estufa vas a necesitar una pala, no un plumero.

—Gracias, West. Qué suerte tengo de tenerte aquí para que me ilustres con tus aportaciones magistrales.

Suelta un suspiro exagerado.

—Será como en los viejos tiempos. Tú y yo dando guerra.

—El que daba guerra eras tú. Yo solo miraba.

—Me acuerdo de Rosie siguiéndonos a todas partes, solo para meterse contigo. Carajo, qué orgulloso me sentía al ver cómo te hacía trizas.

Me tenso al oír el nombre de su hermana. «Rosalie». Hace diez años que no la veo, pero, aun así, se me engarrotan los hombros.

Volteo hacia West.

—¿No había hecho una maestría y tenía un trabajo estudiando en Vancouver?

Es algo que ya sé. A veces la busco por internet..., solo para asegurarme de que es feliz, por supuesto. West la menciona de vez en cuando, pero nunca entra en detalles. Todo son generalidades, actualizaciones superficiales. Lo que no deja de ser lógico. ¿Por qué le contaría a su mejor amigo la vida de su hermana pequeña, que se largó a vivir a la ciudad?

Es mejor no preguntar.

West hace un gesto con la mano como si, para él, el mayor mérito de Rosie en la vida hubiera sido pasarse la adolescencia enchinchándose.

—Aquellos veranos eran lo mejor. Me quedaba hecho polvo cada vez que te ibas a la ciudad a estudiar.

Sí, yo también odiaba regresar a la ciudad. A esa escuela llena de niños que, a diferencia de West, me trataban como si fuera distinto. Volver a la presión de ser el hijo de uno de los guitarristas más famosos del planeta. Rose Hill era mi refugio favorito de pequeño, y parece que sigue siéndolo ahora que tengo treinta y dos. Aquí el tiempo se detiene. Nadie te trata como si fueras rico o famoso, ni siquiera especial. Cada

uno está en lo suyo. Debe de ser el aire de montaña, que les da a todos esa perspectiva que en la ciudad no se encuentra.

Pero mi conexión con este lugar va mucho más allá. Hay algo más profundo que me atrae hacia aquí: sus recuerdos.

—Pues este año no vas a tener que ir llorando de esquina en esquina, West, porque me voy a quedar aquí un buen rato.

Tiro el plumero a la caja, asumiendo que quizá voy a tener que contratar a alguien si quiero dejar este sitio decente para empezar a grabar pronto. La casa principal ya está habitable (yo mismo la remodelé por completo este invierno), pero este edificio necesita mucho más trabajo.

—¡Sí, carajo! Te voy a meter en mi equipo de boliche.

—No. Ni en pedo. Dijiste que eso lo hacían en la noche de padres, y yo no soy padre. —Doy una pequeña patada a lo que creía que era un insecto muerto, pero ahora estoy convencido de que son excrementos de ratón—. Bueno, salvo que cuente como padre de toda una manada de roedores.

—No creo que los ratones vayan en manadas.

—Llámallo como quieras, pero eso no me convierte en padre.

—Me da igual. En realidad solo somos Sebastian y yo, suponiendo que esté en el pueblo, ahora también tú...

—No, conmigo no cuentas.

—... y Clyde el Loco.

—¿Quién es Clyde el Loco? Ya no puedes ir llamando «loca» a la gente así como así.

—Es el tipo que vive al otro lado de la montaña. Un ermitaño. Cree en todas las teorías conspiranoicas habidas y por haber. Sus historias son mis favoritas. Y él mismo se presenta como Clyde el Loco. Así que, si quieres, corrígelo tú mismo.

Parpadeo. Esto ya roza el delirio.

—No voy a jugar boliche contigo, West.

Él resopla y hace un gesto despectivo con la mano.

—Eso dices ahora. Pero de niño también te negabas a participar en todas mis locuras, y luego siempre acababas viniendo, con tu flequito de emo tapándote los ojos, subiéndote los lentes enormes por el puente de la nariz. —Esboza una sonrisa deslumbrante. El blanco de sus dientes contrasta con su barba de tres días—. Esa cara de pocos amigos y algún libro raro de poesía bajo el brazo.

No puedo evitar soltar una carcajada ante su certera descripción. Niego con la cabeza.

—Vete a la mierda, Belmont.

—Pero mírate ahora...

Le apunto con el dedo.

—Ni se te ocurra decirlo.

Alza las manos y las mueve con un aspaviento, como si estuviera anunciando algo a lo grande.

—El multimillonario más atractivo del mundo.

—Te odio.

—Qué va. Me adoras. Soy el rayo de sol que ilumina tu mal genio.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo dices?

—Es un tópico de las novelas románticas...

Un golpe en la puerta lo interrumpe. Ambos volvemos la cabeza hacia la puerta desvencijada y el pasillo estrecho que gira bruscamente hacia la pequeña cocina.

—¿Quién puede ser? —susurra West, como si estuviéramos metidos en un lío.

Puede que lo estemos. Llevo poco tiempo en el pueblo, remodelando la casa principal, así que no tengo ni idea de quién puede ser. Mi hermana Willa entraría sin llamar. Mis padres me avisarían antes. Y mi mejor amigo está aquí, justo delante de mí.

La verdad es que no hay nadie más en mi vida que se preocupe lo suficiente por mí como para venir hasta aquí.

Soy de los que no dejan entrar a cualquiera en mi mundo. Mi círculo de confianza es reducido. Una de las mejores cosas de Rose Hill es que los *paparazzi* no están dispuestos a pasarse horas manejando solo para ver si pega y consiguen una foto.

—Ni idea —respondo. Me encojo de hombros y West imita el gesto, abriendo los ojos como platos.

Otro golpe.

—Los oigo susurrar ahí adentro —dice una voz femenina que no reconozco desde el otro lado de la puerta.

Lo primero que pienso es en Rosie, pero es una voz demasiado joven para ser la suya. Así que, con un suspiro resignado, me acerco a la puerta y la abro de golpe.

Delante de mí hay una niña. Lleva unos pantalones de mezclilla negros rotos, unos Converse negros y una camiseta enorme de Death From Above 1979 (uno de mis grupos favoritos) con varios agujeros hechos a propósito. Tiene el pelo negro azabache recogido en dos trenzas que le caen por los hombros con un flequito recto. Luce una expresión de absoluto desinterés y el asa superior de una mochila JanSport le cuelga de los dedos.

No sabría decir cuántos años tiene. Pocos. Parece estar en esa edad rara y confusa que precede a la adolescencia. Lo sé por esa mirada apática y por el grano gigante en la barbilla. Se cruza de brazos y me recorre de arriba abajo con la mirada antes de volver a subir con parsimonia.

—¿Y tú quién eres? —No pretendo sonar como un patán, al fin y al cabo, es solo una niña.

Aprieta los labios y parpadea una vez, despacio.

—Tu hija, imbécil.

Ahora el que parpadea a cámara lenta soy yo. Oigo la silla de West rodar por el suelo de madera y sus pasos firmes acercándose.

—¿Perdona? —Escuché lo que dijo, pero mi cerebro se niega a procesarlo.

—Eres mi padre —insiste ella, poniendo los ojos en blanco—. Al menos desde el punto de vista biológico.

Pero eso es imposible. Completamente imposible. Me pongo a la defensiva. Es absurdo.

Solo hizo falta un puto artículo en *Forbes* sobre mi cuenta bancaria para que empiecen a salir las cucarachas. Esta historia la conozco de sobra. Casi me da lástima la niña. Es demasiado joven para haber tramado esto ella sola. Seguro que alguien la empujó a hacerlo.

—Mira, como te llames, no sé qué estás buscando, aunque puedo imaginarlo. Pero te equivocaste de presa.

—Me llamo Cora Holland. Tú te llamas Ford Grant junior y eres mi padre biológico.

—Uf, mejor quita lo de «junior» —murmura West a mi espalda—. Lo odia.

Ni siquiera me molesto en mirarlo. Me limito a clavar la vista en esta mocosa insolente que me está soltando tremenda pendejada a la cara. Eso sí, hay que reconocer que tiene agallas.

—Eso es imposible. Jamás me he tirado a Morticia Addams.

—Qué original, *nepo baby*. Nunca me habían dicho eso antes. —Hurga en su mochila (negra, cómo no) y, con gesto ostentoso, saca un papel con un logotipo que reconozco de inmediato.

Es el de la empresa a la que mandé una muestra de ADN para poder hacer un árbol genealógico que le regalé a mi madre.

—¿Y de pura casualidad no te tiraste un vasito de cartón, una placa de Petri o un tubo estéril a cambio de unos cuantos dólares?

Siento cómo toda la sangre se me precipita a los pies mientras se me revuelve el estómago y la cabeza me da vueltas.

Porque sí. Sí lo hice.

West me da una palmada en el hombro y me lo aprieta con fuerza antes de pasar junto a mí y salir por la puerta.

—Bueno, pues... supongo que nos vemos en el boliche.

Y aquí me quedo.

Solo.

Mirando a una niña que probablemente sea mi hija biológica. Y sintiéndome como si, en vez del multimillonario más atractivo del mundo, me hubieran nombrado el padre más inútil del planeta.

# DOS

## Rosie

Sonrío a las personas reunidas en la sala de juntas.

Mi jefe.

El jefe de mi jefe.

Y el jefe del jefe de mi jefe.

Deseaba con todas mis fuerzas sacarme diez en esta presentación. Y creo que lo logré. No, no lo creo, estoy segura. Aunque nadie lo diría a juzgar por las miradas vacías y los asentimientos distraídos. Tampoco esperaba que se levantarán a aplaudirme, pero un par de palmaditas en la espalda no me habrían venido nada mal.

En lugar de eso, lo que obtengo es una situación que roza lo incómodo.

—Y bueno... —Me aliso la falda de tubo con las manos; un gesto que delata lo nerviosa que estoy—. Esa es mi conclusión sobre la adquisición, según los datos que pude recopilar.

Más miradas vacías de mierda.

—Así que..., mmm..., gracias por venir a mi TED Talk. —Me río de mi propia broma, aunque el sonido me sale agudo, desesperado, y hace que me encoja por dentro de vergüenza.

Miro de reojo a Faye, mi compañera favorita del equipo de Administración, que está tomando notas de la reunión.

# CUATRO

## Rosie

Me paso los dientes por el labio inferior, como una púa rasgando la cuerda de una guitarra. Aprieto el volante con fuerza con la vista clavada en la casa de mi hermano, que también fue nuestro hogar de la infancia.

Después de dos semanas de deambular sin rumbo, sin trabajo y rebosando autocompasión, estoy oficialmente de vuelta en Rose Hill, el pueblo donde crecí. Un lugar al que apenas vengo y que no sabía lo mucho que echaba de menos hasta que tuve que volver para sentir la seguridad de estar de nuevo en casa, mientras me lamo las heridas y trato de averiguar qué hacer con mi vida.

Acabo de subir con el coche por el mismo camino empujado de grava por el que me caí cuando era pequeña. Me raspé las rodillas y llené de sangre mis flamantes tenis blancos. Mientras mi hermano me lavaba con la manguera como si fuera un caballo, lloré desconsolada como si fuera el fin del mundo. Ahora, sin embargo, me río al recordarlo.

Me hace gracia que un momento que en su día me pareció horrible haya acabado sacándome una sonrisa.

Miro hacia la granja, situada en el extremo oeste del pueblo. Por encima de la propiedad se alzan unas paredes de roca que separan nuestras tierras de la autopista. Esa vía principal se abrió a golpe de dinamita hace años, y ahora hay una

mallla metálica pegada a la roca para que, si hay desprendimientos, las piedras no caigan sobre la carretera... o sobre nosotros.

A la izquierda, veo el lago, tan pintoresco. Me recuerda a los días de verano en colchonetas inflables, las fiestas de adolescentes con barriles de cerveza en la orilla y las motos de nieve en invierno.

Miro a la derecha y diviso la casa de mis padres, mucho más arriba en la colina. Desde aquí, solo se ve el tejado entre los árboles. Cuando West se hizo cargo del rancho, decidieron mudarse «lejos», o eso dijeron.

Lo cierto es que se han pasado toda la vida preocupándose por West y no estoy segura de que aguantaran mucho tiempo sin tenerlo al alcance de la vista.

Vuelvo a mirar la casa de mi hermano e inhalo hondo para armarme de valor y entrar fingiendo que todo está de maravilla.

Justo antes de pedirle si puedo quedarme con él un tiempo.

—Carajo, Rosie. Mueve el culo de una vez —mascullo para mí.

Abro la puerta del coche y me dirijo con paso decidido al porche. Ni me molesto en cerrar con llave el vehículo. Si alguien tiene las agallas suficientes para venir hasta aquí a robarme algo, me quito el sombrero ante él.

Es más, hasta le preguntaría de dónde las saca, porque yo ya no tengo ninguna.

Creo que no he vuelto a respirar desde la gran bocanada de aire que tomé en el asiento del conductor. Ahora solo estoy conteniendo el aliento mientras levanto la mano para llamar a la puerta y terminar con esto de una vez. Pero, justo antes de tocar la madera con los nudillos, la puerta se abre de golpe y todo el aire que estaba reteniendo se me escapa de los pulmones.

# CINCO

## Ford

—Anda, déjame que te enseñe. Tengo un plan —dice Cora desde el sofá, sentada al lado de Oliver. Le está explicando cómo construir un portal del Nether en Minecraft o alguna pendejada por el estilo. No manejo mucho la jerga. Él no dice nada, como de costumbre, pero, por la expresión de su cara, sé que está fascinado. Emmy se apretuja al otro lado de Cora, devorando lo que debe de ser su tercera paleta helada en lo que va de día.

Y yo... tengo la sensación de estar atrapado en un manicomio.

Después de semanas de papeleo para ponerlo todo en orden, hoy es mi primer día como tutor legal de Cora en régimen de familia temporal. Mi abogada me odia por haberla obligado a tramitarlo, y mi asesor financiero está convencido de que perdí la cabeza. Puede que tenga razón.

No he avanzado nada con el estudio de grabación, y eso me tiene bastante agobiado. La lista interminable de cosas que tengo que hacer no me deja dormir. Necesito un suelo nuevo, paredes, pintura, calefacción, aire acondicionado, una instalación eléctrica en condiciones y conseguir que, por fuera, tenga aunque sea un poquito de buen aspecto. Todo el lugar necesita un buen lavado de cara, y eso sin contar con la propia cabina de grabación.

Y ahora aparece en escena la dichosa Rosie Belmont, con su lengua afilada y unos ojos sospechosamente húmedos, y lo único que quiero es exigirle que me diga quién le hizo daño para poder arreglarlo.

Llevo años clavado con esta mujer. No es nada nuevo, pero ya pasó una década. No me esperaba que, nada más con verla, ese torbellino de sentimientos que tuve por ella de adolescente regresara de golpe. ¡Y madre mía!, qué bien le ha sentado el paso del tiempo. Sus ojos siguen siendo de ese tono azul brillante tan increíble que parece irreal. Se ven casi cristalinos contra el tono bronceado de su piel, y son tan expresivos como siempre. Se oscurecen cuando se enoja, brillan cuando está alegre y hoy estaban anegados de emoción. Siempre ha llevado el pelo largo, pero ahora lo tiene un poco más largo, en capas y ondulado, cayéndole en una cascada indomable que le enmarca el rostro en forma de corazón. Del mismo rubio oscuro que recordaba, aunque ahora salpicado de destellos dorados y alguna que otra mecha nacarada. Parece que lo lleva despeinado, pero a propósito. Le queda perfecto.

Eso fue lo primero que pensé mientras me quedaba en la puerta, mirándola embobado.

Me bastó una sola mirada, un solo latido, para volver a ser ese chico de dieciocho años.

—¡Está bien! —exclama West dando una palmada detrás de mí y provocándome un respingo—. ¿Qué hay para cenar?

—¡Paletas heladas! —grita Emmy con el puño en alto. Está desatada y, la verdad, me da un poco de miedo. Es una versión en miniatura de West. Criarla es el castigo que el universo le tenía reservado por todo lo que él le hizo pasar a sus padres.

—Ni hablar, pequeña chiflada. A ti te tocan verduras y más verduras. Los demás comeremos... —deja la frase en el aire mientras busca en el refrigerador.

# SEIS

## Ford

—¿Qué haces aquí?

Rosie, que está sentada al final del embarcadero, gira la cabeza de golpe, claramente sorprendida por mi llegada.

—Disfrutar de las vistas.

Esta noche venía buscando un poco de paz y silencio para aclararme. Pero con Rosie aquí sé que no voy a encontrar ni una cosa ni la otra. Miro hacia el lago oscuro. Sin el tenue resplandor que emiten las luces solares de los pilares del muelle, el agua estaría completamente negra. Pero conozco bien el paisaje, ya que el embarcadero está justo en la línea que separa mi propiedad de la de West. Aunque en este momento no se vea nada en el horizonte, puedo imaginármelo casi a la perfección.

—¿Y tú qué haces aquí? —pregunta ella.

Sigo de pie. Aún no sé muy bien cómo comportarme con ella. Y eso que soy un hombre hecho y derecho de treinta y dos años, independiente y con éxito.

—Vine a sentarme en mi embarcadero y a escapar de las nuevas realidades de mi existencia, en la oscuridad, junto al agua, donde reina el silencio. Pero resulta que estás aquí, y contigo nunca hay silencio..., salvo cuando estás planeando la muerte de alguien.

Se ríe entre dientes, pero sin ganas. Luego voltea de nuevo hacia el agua inmóvil.

# OCHO

## Rosie

Me apoyo en el costado del coche, frente a la secundaria de Rose Hill. Aunque estamos a principios de primavera y todavía no hace calor, el contacto con la superficie negra, justo bajo el sol, es una forma fantástica de engañarme y hacerme creer que sí.

En cuanto Ford me dijo la hora a la que salía Cora, me ofrecí a venir a recogerla. Ese granero huele fatal, y cuando le sugerí que quizá debería contratar a un profesional para remodelarlo y sacarlo del siglo pasado, dejó de hablarme. Como el niño malhumorado que recuerdo. Aunque sabe que tengo razón.

Por eso ansiaba salir de allí. Demasiada tensión. Tenía un nudo en el estómago que me estaba haciendo dudar si de verdad podía con este puesto. Se nota que aún me afecta el recuerdo de cómo terminó mi último trabajo y la idea de que tal vez ni siquiera me contrataron por mis capacidades. El caso es que necesitaba espacio, estar lejos de Ford. Con él cerca siempre me cuesta respirar. Por eso llegué aquí tan temprano.

El celular me vibra en el bolsillo trasero y, al sacarlo, veo el nombre de Ryan iluminando la pantalla. Suspiro hondo antes de deslizar el dedo para contestar.

Espero que el sol me ayude a sobrellevar esta conversación.

—Hola.

—Hola, cariño, ¿qué tal está yendo la visita a tu familia? —pregunta, distraído. Seguro que está en el trabajo, revisando correos o consultando su invitación oficial al Club de los Niños Bien. Oigo cómo mastica algo. No debería molestarme, todo el mundo tiene que comer, pero a mí me está sonando como unas uñas arañando un pizarrón.

Quizá porque me fui de allí hecha polvo, por algo que claramente me afectaba, y él sigue actuando como si le diera lo mismo.

—Bien. Esta noche subiré a cenar con mis padres.

—Genial. Salúdalos de mi parte.

Sí, claro, porque no va a ser nada incómodo.

—Bueno. Oye...

—¿Cuándo crees que vas a volver?

—Pues mira, de eso justo quería hablar... Resulta que... encontré trabajo aquí.

Deja de masticar de golpe.

—¿Encontraste trabajo allí? —Suena desconcertado, y eso me hace sentir culpable de inmediato.

—Sí. —Aprieto los labios y miro hacia el campo donde solía jugar fútbol de pequeña—. Prácticamente me cayó del cielo y..., bueno, ya sabes que estaba buscando trabajo.

—Ya, pero ¿allí? —Lo dice con un tono despectivo que me enciende por dentro. Me enderezo un poco, como si me viera en la necesidad de defender a Rose Hill. Yo sí puedo criticar este lugar, no es perfecto, pero es mi pueblo. Él no es de aquí, y me pone muy mal que crea que puede menospreciarlo.

—Sí. Es una gran oportunidad. Y necesito espacio.

—¿Espacio?

Hago una mueca. Me lo imagino perfectamente, con esa cara de niño confundido, dándole vueltas a la palabra.

«Espacio».

—Sí. Espacio.

Al principio no dice nada.

—¿Espacio en sentido figurado o literal? —pregunta al fin—. ¿Espacio físico como el que tienes allí? ¿O espacio de mí?

Trago saliva mientras observo a los padres que esperan para recoger a sus hijos. Charlan animadamente entre ellos y alguno me mira con curiosidad. Crecí aquí, sí, pero llevo tanto tiempo sin venir que la mayoría no me reconoce.

—Creo que ambas cosas —contesto en voz baja.

Más silencio.

—Lo siento, Ryan —continúo—. Solo... quiero ser sincera contigo.

—¿Hay alguien más?

Pienso en todas las miradas que me ha echado Ford hoy. Y en cómo me jaló la coleta anoche.

Niego con la cabeza.

—No. No hay nadie.

Su suspiro de alivio me toma por sorpresa. Ese destello de celos, después de tanto tiempo sin mostrar interés, me descoloca.

«Demasiado poco, demasiado tarde».

—Bueno, bien. Oye... ¿puedo ir a verte allí? Me encantaría que nos sentáramos a hablarlo con calma y ver qué podemos hacer para arreglarlo.

Quiero decirle que no. Que se acabó. Que no soy yo, que es él. También quiero preguntarle por qué no tuvo ningún problema en pasar por alto lo que ocurrió con Stan.

Pero no tengo ganas de hablar de eso último. Ni con él ni con nadie. Y no quiero ser cruel, como Ford dice que soy. Ni tomar una decisión tan definitiva mientras estoy hecha un lío. Ni tampoco ser la clase de persona que deja una relación larga por teléfono.

# DIEZ

## Rosie

En cuanto entro en el edificio con olor a humedad que llamamos oficina, estoy lista para enfrentarme al día.

Opté por un *look* de trabajo menos formal de lo habitual, pero llevo un saco de un rosa palo (sí, rosa), y eso me hace feliz. Lo combiné con una camiseta blanca, unos *jeans* anchos y unas botas de ante *beige* de tacón ancho. Con un poco de suerte, cuando le dé una patada en el culo a Ford por ser tan desconcertante, le dolerá.

El jalón de pelo. Cómo se quedó completamente inmóvil cuando le hice la broma de lo de la lencería roja. Cómo me arrastró hacia él. Ese pecho marcado asomando bajo la bata que me volvió loca. Que me dejara tocarlo...

Sí, voy a darle una buena patada en el culo.

Ford ya está aquí, sentado en el viejo escritorio, sujetando el teléfono entre el hombro y la oreja. Se ve relajado con los brazos cruzados, las piernas estiradas y recostado en el respaldo. Puedo oír vagamente a alguien al otro lado de la línea y, mientras él escucha, intento no quedarme mirándolo. O mejor dicho, no fijarme en lo que ahora sé que es un pecho esculpido bajo ese grueso suéter tejido. También lleva unas pulseras de cuentas sobre un reloj que brilla lo justo para atraer la atención.

Pelo revuelto. Botas desgastadas. La barba un poco más crecida que ayer...

Es como estar delante de una luz roja parpadeante. Hay mil razones por las que no debería dejar que mi cerebro siga por ese camino.

Mi hermano. Mi novio... o *roomie*. Necesito centrarme en el trabajo y no en la transformación por la que pasó Ford en la última década, que lo ha convertido en un imán para las miradas.

Me armo de valor, lo saludo con la mano y me doy la vuelta con la sensación de haber recuperado el rumbo. O, al menos, de tener claro qué carril debo evitar.

Pero cuando por fin me fijo en la estancia, freno en seco, porque, justo en frente del escritorio de Ford, como a unos seis metros, hay otro escritorio. Con otra silla. Orientada hacia él.

¿Qué es esto? ¿Una cámara de tortura especialmente ideada para mí? ¿Voy a tener que trabajar todo el día frente a Ford? Ni en pedo.

Me acerco al escritorio con paso decidido, pero me detengo al ver lo que hay encima.

La tapa del libro luce un estampado de mariposas sobre un campo de flores que revolotean entre los pétalos. Esta solía ser brillante, pero ahora tiene manchas de humedad y está un poco sucia en una esquina.

Me llevo las manos al pecho y froto en círculos lentos mientras miro mi diario. El mismo que tiré por una ventanilla hace años. El cierre de metal está roto, pero el candado en forma de corazón sigue ahí, colgando de las dos anillas destinadas a mantenerlo cerrado, aunque ahora está tan abierto como lo estaba mi corazón cuando lo escribía.

Si alguien quisiera leerlo, se encontraría con la montaña rusa de mis pensamientos y emociones sin filtro. De hecho, si no recuerdo mal, en la primera página puse algo así como: «Léelo bajo tu propia responsabilidad. Puede que aquí te coma vivo».

# CATORCE

Ford

Me arrepiento de haber pensado que sería buena idea pasar-me el día trabajando justo enfrente de Rosie. Me cuesta horrores apartar la vista de ella. Cada vez que suelta un suspiro, y hoy ya van unos cuantos, me descubro mirándola.

Ella, en cambio, ni me mira. Está completamente concentrada en la *laptop* que tiene delante. No es ni medio normal. Sé que lo está haciendo a propósito, que se niega a mirarme. Y solo me ha dirigido la palabra para asuntos relacionados con el trabajo. Ni una sola burla.

Supongo que por eso empezamos a enviarnos correos, aunque estemos los dos aquí, cara a cara.

Buenos días, señor Grant:

Estoy preparando el presupuesto para la remodelación. ¿De cuánto dinero disponemos?

Quedo a la espera de su respuesta.

Un saludo,

Rosalie Belmont

Directora de operaciones en Rose Hill Records

Hola, Rosalie:  
De lo que haga falta.

Ford Grant  
CEO y productor ejecutivo de Rose Hill Records

---

Señor Grant:

Si quiere que le prepare un presupuesto, necesito cifras.

Y debería añadir una despedida a su firma de correo. Si no, la gente empezará a pensar que es usted un auténtico cretino.

Un saludo,  
Rosalie Belmont  
Directora de operaciones de Su Alteza Cretinil  
en Rose Hill Records

---

Hola, Rosalie:  
Me da exactamente igual lo que piense de mí la gente que no conozco.  
Te adjunto las cifras.

¡Que tengas un buen día!  
Su Alteza Cretinil  
CEO y productor ejecutivo de Rose Hill Records

Oigo una risita cuando le llega el correo.

Después seguimos trabajando en silencio. Ella tararea de vez en cuando y yo mordisqueo la tapa del bolígrafo mientras intento encajar a los técnicos de sonido en un calendario que va cambiando por momentos, respondo a una discográfica que pregunta por el álbum que grabé con Ivory Castle y reviso un sinfín de propuestas de artistas interesados. Desde que se corrió la voz sobre la nueva compañía, no he dejado de recibir correos. Me llama la atención una estrella del *country* con problemas de imagen. He visto a Skylar Stone en las noticias (todo el mundo la ha visto), pero ese correo despierta mi interés.

Tengo debilidad por los casos perdidos.

En cuanto entra otro correo de Rosie en la bandeja, se me acelera el corazón.

Buenas tardes, señor Oscuro:

Adjunto una hoja de cálculo con el presupuesto estimado para la remodelación de la oficina y el estudio de grabación. En una pestaña está el presupuesto inicial; en la otra, la proyección estimada. Me coordinaré con el contratista y los subcontratistas para completar esta última.

Quedo a la espera de sus comentarios sobre la viabilidad del proyecto. No dude en indicarme cualquier cosa que no le cuadre. Sé lo mucho que le gusta crear problemas donde no los hay.

Un saludo,

Rosalie Belmont

Directora de operaciones en Mortífagos Records

# VEINTITRÉS

Rosie

Cuando Ford me jala el pelo hacia atrás y se adueña de mi boca, se me doblan las rodillas. Sin embargo, no me deja caer. Me sostiene y mantiene en pie. Luego clava el muslo entre mis piernas, apoya su mano grande sobre mi garganta y me besa hasta dejarme sin sentido mientras yo me agarro a sus caderas como si mi vida dependiera de ello.

La energía entre nosotros es intensa, brutal, pero él no tiene prisa. Sus labios son firmes, su lengua suave. La barba me roza la piel y enciende pequeñas chispas que recorren todo mi cuerpo.

Me saborea. Hace que cada caricia, cada punto de contacto, se prolongue y me atraviese con una intensidad que parece imposible.

Mientras Ford Grant me besa, el mundo se detiene.

Lo huelo.

Lo siento.

Lo saboreo.

Tengo tantas ganas de tocarlo que no me contengo y deslizo las manos por debajo de su camiseta. Su piel cálida y la fina línea de vello que asoma sobre el cinturón me hacen gemir en su boca.

Él me responde mordiéndome el labio inferior y vuelve a besarme. Subo los dedos despacio, explorando el contorno

definido de ese cuerpo que me fascinó la noche en que lo vi nadar en el lago, cuando nos sentamos juntos en el embarcadero. Es alto, todo músculo y corpulencia masculina.

Al rozar el dije de la cadena de plata suelto otro gemido. Es como un talismán. Un recordatorio de la noche en que me sostuvo. La noche en que necesitaba con todas mis fuerzas que alguien me abrazara y no había nadie salvo...

—Ford —susurro su nombre contra sus labios, y apenas reconozco mi voz.

—Lo siento —murmura él.

Sonríó, pero me vuelve a jalar el pelo y baja la boca hasta mi cuello, mordiendo, besando, lamiendo.

—No, no lo sientes —le digo, echando la cabeza hacia atrás y arqueando el pecho hacia él. Mi cuerpo ya sabe lo que mi cabeza lleva días intentando entender.

Espero que se ría, pero, en lugar de eso, se aparta de mí y me entran ganas de dar una patada en el suelo. Quiero que volvamos a ese frenesí desesperado, que me devore por completo.

Me mira a los ojos y veo que no va a negarlo. Los dos sabemos que no se arrepiente. Lo veo en su expresión: salvaje, clara, sin fisuras. Y, aun así, me da miedo que se detenga, que tire la toalla y se marche.

—No, no lo siento —murmura con voz ronca y dulce, casi dolida.

Y vuelve a besarme. Pero ahora es distinto. Más lento. Más tierno.

Curva las yemas de los dedos bajo mi barbilla y me acaricia las mejillas con los nudillos; un gesto tan delicado que hace que me duela el pecho. Me pego más a él, buscando su calor, su contacto, su protección.

Porque, por mucho que me haya sacado de quicio esta noche, sería una idiota si no reconociera que el hombre que me

está besando en este momento se lanzaría sin pensarlo a pelear por mí. Iría a la batalla a mi lado, derrotaría a la gente con sus palabras, los abrasaría con la mirada y los humillaría con su franqueza.

Y, después de todo lo que me ha pasado este último mes, eso hace que lo desee de una forma completamente nueva. Lo agarro de la cadena y me apoyo en su pierna. Si pudiera subirme a su regazo y dejar que me acariciara como a un gato, lo haría. Ronronearía para él sin pudor alguno.

El beso se va ralentizando y sé que está a punto de apartarse antes siquiera de que ocurra.

—Ford, por favor, no pares.

Aparta las manos de mi rostro, las apoya en la pared a ambos lados de mi cabeza y hunde la cara en el hueco de mi cuello. Le acaricio la nuca mientras me cubre el hombro de besos que me erizan la piel.

—Debería.

—No, no deberías —replico, enredando los dedos en su pelo como tantas veces lo he visto hacer.

—Tengo que hacerlo. Sabes que esto no está bien.

—¿Por qué?

Levanta la cabeza y me mira. Tiemblo bajo la intensidad de su expresión, y él entrecierra los ojos como si lo notara. No se le escapa nada.

—¿Por qué me miras así?

Todavía tiene las manos apoyadas en la pared, y yo casi estoy encaramada a su pierna. Me tiene atrapada y no me importa; me gusta. Incluso con esa mirada verde y feroz clavada en mí.

—Rosie, te dije que la próxima vez que me preguntaras eso, te aseguraras de estar soltera.

«Ay, Dios. No lo sabe».

# TREINTA

Ford

Rosie:

Hoy decidí recoger a Cora de la escuela antes e irnos a la ciudad. Esta mañana está bien, pero muy sensible. Así que pensé que un cambio de aires le vendría bien. Su madre ya puede recibir visitas, y vamos a pasar el fin de semana juntos. Espero que no te importe quedarte al frente de la oficina hasta la semana que viene. Puede que no volvamos hasta el martes.

Ford

---

Buenos días, señor Grant:

Gracias por avisar. Por supuesto, estaré encantada de quedarme al frente aquí. Pasen un buen fin de semana juntos.

Un saludo,  
Rosalie Belmont  
Directora de operaciones de Rose Hill Records

Rosie:

Me gustaría aclarar que los que vamos a pasar el fin de semana juntos somos Cora y yo, no su madre y yo. Vamos a visitarla, sí, pero luego iremos al zoológico y haremos alguna que otra cosa parecida. Quizá subamos a la Torre Calgary. También quiero echar un vistazo a su casa.

Si necesitas algo, llámame. A la hora que sea.

Ford

---

Buenos días, señor Grant:

No hacía falta aclarar nada. Puede pasar el fin de semana con quien quiera.

Dele saludos a Cora de mi parte.

Un saludo,

Rosalie Belmont

Directora de operaciones de Rose Hill Records

---

Rosie:

Ya estamos en el hotel de la ciudad. Cora también te manda saludos.

¿Todo bien? Tus correos son demasiado formales. Parpadea dos veces si estás poseída. O

si te secuestraron. Me quedaría más tranquilo si me soltaras algún insulto.

¿Qué planes tienes para este fin de semana?

Ford

---

Señor Grant:

Gracias por informar. Mis correos son simplemente profesionales. Y como jefe, solo puedo decir cosas buenas de usted.

Como directora de operaciones, creo oportuno recordarle que lo mejor es mantener la firma corporativa estándar en los asuntos laborales.

Si surge algo que requiera su atención, se lo haré saber.

Un saludo,  
Rosalie Belmont  
Directora de operaciones de Rose Hill Records

---

Rosie:

Esto no tiene nada que ver con el trabajo, y lo sabes.

Ford

Señor Grant:

Me resultaría más fácil si se comportara como si lo fuera.

Nos vemos la semana que viene.

Un saludo,

Rosalie Belmont

Directora de operaciones en Rose Hill Records



Es martes por la mañana y no tengo ni idea de cómo me voy a sentir cuando entre en la oficina.

Me pasé el fin de semana conociendo mejor a Cora. Conociendo mejor a su madre, Marilyn. Compartiendo momentos con una hija que nunca pensé que tendría, y dándome cuenta de que ya no imagino la vida sin ella.

Es increíble, carajo. Una niña alucinante. Y pensaría lo mismo aunque no lleváramos la misma sangre.

También me pasé el fin de semana preocupado por Rosie. El jueves por la noche, al salir de su cabaña, noté un vacío en el estómago y todavía no he conseguido quitármelo de encima. Tendría que haber insistido más.

Permití que se rindiera con demasiada facilidad.

Así que da igual lo bien que lo haya pasado con Cora, lo que comiera en Peter's Drive-In o lo cansado que estuviera después de caminar, montar en bici o madrugar para ir a nadar. No he podido librarme de esa sensación.

Como cuando sales de casa y no recuerdas si cerraste el gas.

O como cuando llegas al aeropuerto y crees que dejaste el pasaporte en casa.

# TREINTA Y SIETE

Ford

—No puedo creer que quieras practicar boliche —se burla West antes de darle un buen trago a su cerveza—. Normalmente pareces más dispuesto a atarte un ladrillo al tobillo y tirarte del embarcadero.

Tiene razón.

Y lo cierto es que tampoco tengo ganas de jugar boliche.

Lo que quiero es contarle todo lo que está pasando a mi mejor amigo en un sitio público, con cámaras presentes, por si se le ocurre darme una paliza por haberme pasado toda la mañana en la regadera con su hermana pequeña frotándonos para quitarnos los restos de pintura.

Lógicamente, hicimos algo más que limpiarnos la pintura, y luego me sentí como si estuviera escondiéndome. Ocultándola.

No quiero sentirme así con Rosie, ni que ella crea que tiene que esconderse.

—Es que últimamente no nos hemos visto mucho —le digo—. Pensaba que pasaríamos más tiempo juntos cuando me viniera a vivir aquí.

West sonríe y apoya un codo en la mesa mientras esperamos a que quede libre nuestra pista.

—Es como si fuéramos dos adultos hechos y derechos con obligaciones.

Me río entre dientes.

—Cierto.

—Siempre estoy hasta el copete en esta época. La gente trae a sus potros para empezar a domarlos, está terminando el ciclo escolar... Por eso me gusta tanto la noche de padres, porque durante una noche cada dos semanas puedo relajarme y ser yo mismo. Si no fuera por eso, me pasaría la vida chameando, criando a mis hijos y ocupándome de la granja sin parar. Así al menos me obligo a parar de vez en cuando.

Doy un sorbo a mi cerveza y asiento, dándole vueltas a lo que dice. Nunca había visto las noches de boliche desde esa perspectiva. A fin de cuentas, llegué al pueblo como un soltero adicto al trabajo y sin responsabilidades familiares.

Pero ahora que tengo varios proyectos en marcha, una casi adolescente que depende de mí y una relación a medio definir, empiezo a entender por dónde va: lo fácil que es dejar que la vida se te escape de las manos. Prueba de ello es que apenas lo he visto desde que Cora se presentó en mi puerta.

—Oye... —Se rasca la barba, dejando ver los tatuajes en los nudillos—. Si odias tanto jugar boliche, puedo buscar a alguien que te sustituya. Tengo la sensación de que para ti es como una especie de condena. Lo mismo prefieres traerte un libro y quedarte leyendo en nuestra mesa o algo por el estilo.

Suelto una carcajada.

—¿Por qué carajos haría eso?

Me lanza una mirada que deja claro que cree que soy un idiota.

—Porque era lo que hacías cuando éramos pequeños. Me valía entonces y me vale ahora. Sé que tú y yo somos distintos: yo soy un tipo buena onda y tú eres un friqui con todas las de la ley. Pero funcionamos juntos.

Pongo los ojos en blanco.

—West, no eres tan buena onda. Y que seamos amigos te viene de maravilla. Si tuvieras un amigo como tú, serían capaces de desencadenar el apocalipsis o algo parecido.

Se encoge de hombros y da otro trago a la cerveza.

—Me estoy haciendo viejo, hermano. Ahora lo más salvaje que hago es jugar boliche y quedarme hasta tarde para ver el *Saturday Night Live*.

—Los dos sabemos que solo ves una y otra vez el episodio de Skylar Stone.

Me da un puñetazo de broma en el brazo.

Sé que estoy retrasando lo que vine a decirle. No sé cómo sacar el tema. No quiero que parezca que busco su permiso, solo evitar que se quede de a cuatro después de tantos años de amistad.

No se me dan bien las conversaciones sutiles.

Paso el pulgar por la jarra fría, intentando reunir valor para soltarlo de una vez.

—Hablando del apocalipsis... —Lo miro de reajo. Me está observando, pero mantengo la vista fija en las pistas, tratando de parecer lo más tranquilo posible. Bebo otro trago de cerveza y lo suelto de sopetón—: Estoy enamorado de tu hermana.

West no se inmuta, pero por el rabillo del ojo veo cómo asiente mientras se pasa la lengua por el labio inferior.

El silencio se alarga. Un segundo. Dos.

El estruendo de las bolas al caer a la pista y al chocar con los pinos me da una señal de que West lleva demasiado rato mirándome.

Se me revuelve el estómago y empiezan a arderme las mejillas. Cuando por fin giro la cabeza y lo miro, soy incapaz de descifrar su expresión. Con West nunca se sabe, es impredecible. Lo he visto sonreír y hacer una broma justo antes de propinarle un puñetazo a un tipo.

# CUARENTA Y DOS

Ford

La culpa me acompaña durante todo mi vuelo a Vancouver. Lo que me dijo Rosie sobre todo lo que tengo (el poder, los privilegios...) me arrolló como un tren de mercancías.

Fue una llamada de atención como pocas. Porque nadie, absolutamente nadie, me lo había dicho así: tan claro y sin rodeos. Willa suele hablar sin tapujos, pero ella también está condicionada por la comodidad en la que crecimos, aunque no sea totalmente consciente. Nuestros problemas no son los mismos que los de los demás.

Claro que tenemos problemas; todo el mundo los tiene. Pero no es tan simple, la realidad es mucho más compleja.

Y cuanto más lo pienso, más claro tengo que mi padre intentaba enseñarme precisamente eso cuando se negó a darme el dinero para aquella entrada, hace tantos años. Podía permitírselo. Podía haber perdido esos cien dólares en la lavadora y ni se habría enterado.

Pero quería que yo aprendiera a notarlo.

En vez de eso, busqué una solución alternativa y seguí adelante con mi vida. Con mis estudios. Con mi apellido. Sé que nunca los he usado mal ni me he aprovechado de ellos, pero sí he sido culpable de ignorar el poder que conllevan. De no haber visto cómo me han allanado el camino, incluso cuando no lo parecía.

Durante el trayecto a la comisaría, las palabras de Rosie se me clavan en lo más hondo. Decido que me siento cómodo con lo que tengo y que voy a usar todas las herramientas a mi alcance para sacar a West de este lío.

Y también me doy cuenta de que le debo una disculpa. Porque debería haber sabido que no podía meterlo en algo así.

Si West ve un precipicio, se lanza sin pensarlo. Si se encuentra un caballo salvaje, lo monta. Y si se topa con alguien que merece un puñetazo, se lo da.

Así es él. Y yo, sin querer, lo empujé hacia esto.

Abro las puertas de cristal de la comisaría y niego con la cabeza al doblar la esquina y verlo tomando un café, tan tranquilo, con un agente en su escritorio. Está gesticulando y sonriendo mientras le cuenta al hombre regordete de mediana edad lo que parece ser una historia desternillante.

El policía tiene una mano apoyada en la barriga, la otra agarrando una taza y una sonrisa de oreja a oreja bajo el bigote gris.

Sí, esto también es típico de West.

Es capaz de encandilar a cualquiera.

—Weston —digo al acercarme. Ladeo la cabeza en cuanto le veo los nudillos magullados.

Cuando mi mejor amigo desde hace veinte años voltea hacia mí y me dedica su sonrisa más canalla, sé de inmediato que no está viendo esta situación como Rosie. O quizá sí y simplemente le da igual.

Me señalo mis nudillos, en una pregunta muda para saber qué les pasó a los suyos.

Él se ríe y me guiña un ojo. Uno de esos guiños que lleva usando años para librarse de los problemas... o meterse en ellos.

—Tranquilo, hermano. Tendrías que ver cómo quedó el otro.

# CUARENTA Y TRES

Rosie

Cuando mi hermano me escribió para confirmarme que estaba libre y sin cargos, sentí un alivio inmenso. Luego recibí otro mensaje.

Estoy volviendo a casa. Nos vemos pronto.

«Casa». Lo dice como si viviéramos bajo el mismo techo.

Estoy terminando de leer el mensaje de Ford cuando su madre suelta:

—Está perdido por ti. Espero que lo sepas, sea cual sea el motivo por el que tuve que venir a recogerte sin él.

Levanto la vista hacia la doctora Gemma Grant mientras nos vamos acercando a Rose Hill.

Sí, llamé a su madre. Primero, porque Gemma me cae genial y sabía que vendría. Y segundo, porque me pareció la mejor forma de castigar a Ford por haberse comportado como un auténtico imbécil.

Tan imbécil que su madre tuvo que venir a arreglar el lío que armó.

A cambio, he tenido que soportar varias horas de charla trivial, y ahora, justo cuando estamos entrando en el pueblo, va y me dice eso.

Trago saliva y volteo en el asiento del copiloto para mirarla.

—Gemma, te adoro y respeto mucho tu criterio, tu conocimiento sobre relaciones y tu firme defensa de lo importante que es hacer pipí después del sexo. Y no te voy a engañar: reconozco que fui un poquito mezquina al llamarte, porque sabía que eso iba a hacer enojar a Ford. Pero hasta mi mala saña tiene límites, y no voy a contarte por qué Ford y yo nos peleamos o dejamos de hacerlo ni voy a chismorrear sobre lo nuestro.

Veo cómo se le arruga la piel junto a los ojos y cómo esboza una enorme sonrisa mientras gira el volante.

—Muy bien, esa era la respuesta correcta.

Frunzo el ceño y la miro con más atención.

Y entonces, como si notara que la estoy analizando, continúa:

—Ford necesita a alguien que lo ponga por delante de todo, incluso cuando esté enojada con él. Y está claro que tú lo estás. He estado viendo cómo hierves por dentro desde que subiste al coche. Pero también te mereces que él haga lo mismo por ti, que respete su intimidad.

Estoy a punto de poner los ojos en blanco y decirle que eso debería contárselo a su hijo, pero ella sigue hablando antes de que pueda abrir la boca.

—Llevo décadas con su padre. Y ese hombre me ha sacado de quicio en más de una ocasión. Pero estar bajo los focos es duro, y él y yo nos prometimos que habría cosas que se quedarían solo entre nosotros. Porque cuando quieres a alguien y empiezas a contarle sus errores a gente que no lo quiere como tú, no puedes esperar que esa gente lo perdone igual que tú. Y luego no puedes retirar lo que dijiste ni puedes deshacer el daño.

Me apoyo en el respaldo y suelto un suspiro.

—Qué sabia eres, Gemma.

# CUARENTA Y CUATRO

Ford

Si alguien me hubiera dicho hace seis meses que estaría en la sala de la casa de campo de mis padres, con la cabeza de Rosalie Belmont apoyada en mi hombro mientras mi hija y diez amigas suyas ven lucha libre de la WWE, comiendo *pizza* y bebiendo refrescos con helado, le habría dicho que estaba loco de remate.

—Mira a nuestro pequeño nubarrón —murmura Rosie con la mano en mi espalda y el pulgar enganchado bajo mi cinturón—. Pasándosela bien en la misma sala en la que solíamos estar nosotros. ¿No fue aquí donde West y tú me hicieron aquella bromita con la *ouija*?

Me tapo la boca con el puño. No debería reírme al recordar a Rosie y a un grupo de chicas gritando como locas, pero fue divertidísimo. West se escabulló y cortó la luz justo cuando la sesión de espiritismo alcanzó su punto álgido. Desató el pánico entre todas las chicas.

Rosie pasó de gritar a abrazarme como una posesa. Yo la estreché encantado y me alegré de que West no estuviera allí para verlo.

—No me acuerdo —miento.

Por supuesto que fuimos nosotros.

—No digas tonterías, Junior. Lo escribí en mi diario. Sé que fue cosa de ustedes. West cortó la luz, es la única explicación posible.

# EPÍLOGO

Rosie

—¿Qué estás tarareando? —pregunta Cora mientras coloco las toallas limpias en el estante del baño de la planta baja.

Frunzo el ceño.

—No lo sé.

—¿*Pumped Up Kicks*?

Me encojo de hombros.

—Puede. En esta casa, los expertos en música son tu padre y tú.

Ya pasó un mes desde que terminaron las clases. Un mes viviendo los tres juntos.

Parece que estamos jugando a la casita.

Parece demasiado bonito para ser verdad.

—¿Sabes que esa canción trata sobre un tiroteo escolar? —dice Cora muy seria, con el flequillo negro perfectamente recto sobre la frente.

Me quedo quieta. Es tan directa y a veces suelta comentarios tan macabros que necesito un instante para procesarlos.

—¿En serio?

Asiente con solemnidad.

—Pero suena tan alegre. ¡La estaba tarareando tan feliz!

—Y también meneabas el culo.

Me sonrojo, pero me niego a sentir vergüenza. Al fin y al cabo, soy yo la que está recogiendo y haciendo cosas de la casa a estas horas.

—¿Te la enseñó tu padre?

Asiente.

—Acabo de venir de la oficina. Estuvimos escuchando un montón de cosas nuevas.

Esbozo una sonrisa lenta. Se ha convertido en uno de sus pasatiempos favoritos. Se sientan en el sofá de cuero, beben cerveza de raíz sin alcohol, escuchan música y la analizan. A fondo.

Próximas giras.

Sintetizadores.

Autotune.

Pedales de guitarra.

Una vez entré y los descubrí viendo un video en el que Jack White (que, me enteré hace poco, no es el que hace de el joven manos de tijeras) construía una guitarra con una tabla, unos clavos, una cuerda y una botella de Coca-Cola.

—Vamos, que tuvieron la típica conversación de nubarrones que tanto les gusta.

Cora pone los ojos en blanco, pero no me molesta en absoluto. Esta semana, Marilyn firmó la compra de una casa en el pueblo. No se la compró Ford, pero convirtió todo el proceso en una especie de misión personal: regateó el precio, organizó la mudanza..., incluso lo oí decirle a Marilyn que conocía a un pintor muy bueno llamado Scotty y que podía darle su contacto.

El mismo Scotty al que despidió por hablar conmigo.

Pero qué cabrón.

En cualquier caso, saber que Cora va a estar cerca de nosotros es la cereza del pastel. Todo apunta a que habrá muchas más tardes de música en la oficina, alguno que otro fin de se-